



"Nunca me concentro en un solo cuadro. Voy manchando varias telas simultáneamente. De ninguna sé qué va a resultar. En el camino se resuelve el problema. Si la solución es realmente satisfactoria llevo a estados de entusiasmo casi infantiles."

Algunas responden a la "serie de los manteles", otras a la serie "de las multitudes" y las más frescas, muchas sin concluir, a la serie "de las piedras", la nueva veta que trabaja el pintor y que expone desde el 12 de abril en el Centro Chileno-Brasileño de Cultura.

Desordenada, vieja, seguramente fría, en invierno, la enorme pieza de trabajo del artista tiene algo muy especial que nos hace sentirnos —si no intimidados, porque su dueño es de una sencillez que acorta las distancias— llenos de respeto hacia el lugar. La explicación del sentimiento podría ser una frase de Nemesio Antúnez: "Cada cuadro es un pedazo de mí mismo, y un pedazo que no se recupera; el dolor de verlo irse una vez realizado sólo se compensa por la certeza de que si alguien lo llevó consigo fue porque sintió la emoción que contenía, porque esa tela dijo algo; supongo que si vendo es porque mi pintura no es hermética".

ARQUITECTURA Y PIEDRAS

NEMESIO Antúnez pinta porque no puede hacer otra cosa. Pintar es su vocación, revelada hace años con la fuerza de una realidad más fuerte que cualquier otra consideración:

—Era un alumno de segundo año de arquitectura que, a decir de los profesores, prometía convertir-

“AGUAS, CIELO, PIEDRAS”

NEMESIO ANTUNEZ

Tres mujeres conducen esta vez al pintor a mostrar sus obras

escribe Graciela Romero

“SOY un ser privilegiado, para mí no existe el trabajo. Pintar es lo que siempre deseo hacer, lo que me trae felicidad. Ir al cine, cumplir un acto social es como una concesión. Creo que la eliminación del trabajo como necesidad de subsistencia con todos sus derivados de fatigosa rutina es lo que hace longevos a los pintores que alcanzan cierto éxito desde temprano. Hay épocas en que pasaría día y noche en el taller y en que con gusto sacrifico la hora del almuerzo para pintar, aprovechando el silencio que envuelve a la ciudad amodorrada.”

Nemesio Antúnez habla de sí mismo mientras va y viene por el taller para sacar de entre desordenadas pilas de telas las que van ilustrando la charla.

me en buen profesional. Por lo menos, en un arquitecto con ideas distintas y con una concepción más moderna de su trabajo. Incluso, con un grupo de compañeros integraba un movimiento de renovación dentro de la Universidad. Dibujo era una de las materias de estudio y también una materia que me interesaba especialmente. Nuestro profesor, Baixas, me llevó una tarde al Cerro San Cristóbal, a la cantera abierta hacia Bellavista. Algo hubo de especial en aquella tarde, tal vez un juego de luz especial, tal vez un silencio desacostumbrado para la ciudad, tal vez un especial estado de ánimo personal. Pero recuerdo que desprendiéndome de mí hasta entonces formal modo de usar la acuarela, “solté la mano” y dejé libremente vagar la fantasía a través de la forma y el color. El resultado no fue una obra maestra, pero en cambio supe que podía pintar, que quería dedicarme a la pintura y que expresándome con los pinceles podía entregar algo más valioso que las casas y los edificios que se suponía iría a levantar más tarde con el título de arquitecto. Todo aquello lo recibí de golpe. El único antecedente que existió antes de aquella tarde, en la